

MARCO Y TESELAS PARA UNA HISTORIA DE LAS LETRAS OSCENSES EN EL SIGLO XIX (1833-1900)

JUAN CARLOS ARA TORRALBA
Universidad de Zaragoza

Esto de las letras locales siempre me ha parecido que tiene mucho, en su aspecto formal, de recursividad de estructuras que se incrustan en niveles inferiores de análisis hasta el infinito sin cambiar un ápice su formulación superior o superficial, más evidente. Circunstancia que ha equivalido, en la historiografía literaria, a un mero bandereo topográfico de sucursales. También, estirando la metáfora, las letras locales evidencian participar de un principio que los viejos gramáticos históricos denominarían «de campana»; principio que ha de entenderse en la grosera acepción de que los ecos de un determinado fenómeno llegan debilitados, tenues y tardíos a los espacios más alejados, geográficamente hablando, desde el lugar en que se ha producido la circunstancia histórica inicial.

Tales reflexiones preliminares, que más bien parecen nacidas de un curso de sintaxis elemental o de la fácil aplicación de lo que a mediados del siglo pasado se conocía como transiciones lingüísticas, traducen dos peticiones de principio —más que criterios propedéuticos— que, de una manera más o menos intuitiva, suelen informar los asedios al estudio de las literaturas regionales, provinciales o locales. A saber, el concepto sincrónico de inferioridad —hipotaxis— en relación con procesos superiores, y, el más fecundo, de periferia —epifenómeno— frente al centro fértil e irradiador.

Ahora bien, sucede que la mayoría de los añejos estudios locales, carentes de reflexión previa o de la más mínima altura especulativa, solían manifestar estos modos de actuación y de análisis por la machaconería en intentar probar lo contrario. O lo que es lo mismo, más atentos al aplauso del público lugareño o provincial, elevaban a categorías superiores objetos culturales reiterativos, recurrentes, y al mismo tiempo construían su edificio erudito señalando hitos capitales y dotándolos de un talante central, irradiador. De esta manera no hacían sino ratificar el sistema jerárquico

puesto que se relegaban a lugares marginales otras localidades, provincias y regiones, generalmente menos desarrolladas. En ocasiones, con alarde de inusitado irredentismo, descentraban el fenómeno y despojaban a las metrópolis *sojuzgadas* de todo protagonismo en él¹.

Estos modos de análisis, propios de unas prácticas eruditas decimonónicas, propiciaron un progresivo desdén, en los círculos universitarios, hacia el estudio de estos asuntos sincrónicamente inferiores y diacrónicamente periféricos. Sólo la progresiva *autonomización* de las universidades —trazado lamentable que, en ocasiones, *desnaturaliza* el propio ser universitario—, acaecida en los tres últimos lustros, ha provocado el acercamiento de muchos de sus investigadores a las instituciones provinciales, participando en sus objetivos.

Aragón, por supuesto, no es ajeno a estos avatares, y la buena relación entre la Institución «Fernando el Católico» y la Universidad de Zaragoza es bien conocida. Sin embargo, en nuestro caso podemos congratularnos de que esta Institución es de las pocas, si no la única en el ámbito nacional, que ha acogido en su seno reuniones y congresos que han logrado abordar críticamente el fenómeno localista y regional en su faceta de historia literaria. Es de justicia señalar que mucho debe este trabajo a los excelentes resultados de esas jornadas científicas que tanto han ayudado a la comprensión cabal, por reflexiva, de las letras locales².

Y es que precisamente lo local aparece, tal como lo entendemos nosotros y como los resultados literarios evidencian, a finales del siglo XVIII y, señaladamente, en el XIX. Sólo tiene sentido dentro de un canon moder-

¹ No propiamente nacida en el ámbito erudito, pero tanto da y monta, la «Asociación Descentralizadora Literaria y Artística», fundada en 1890, resulta buena muestra de la progresiva tensión centro/periferia que se detecta en las letras españolas durante el siglo XIX (Vid. «Bases de la Asociación Descentralizadora Literaria y Artística», *El Magisterio Zamorano*, 18 de junio de 1890, pp. 3-4).

² Como ejemplo basten los sucesivos *Cursos* y sus respectivas *Actas* acerca de Lengua y Literatura en Aragón —que no *aragonesas*—, auspiciados por la Institución «Fernando el Católico», y el más reciente y señalado, por su carácter explícita e implícitamente crítico, de *Literaturas regionales en España. Historia y crítica*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994. En este último libro, José-Carlos MAINER («Literatura regional y Literaturas regionales», y «La invención de la Literatura española», *ibidem*, pp. 7-19 y 23-45, respectivamente) plantea las preguntas y aventura muchas de las respuestas que habrían de seguir, como reflexión previa e ineludible, todos los estudios en torno a las letras locales. Estos artículos, que no eluden, como debe ser, la propia reflexión acerca del marco superior, la *literatura nacional*, resumen y amplían consideraciones rumiadas por José-Carlos MAINER desde tiempo atrás, y reflejadas, entre otros lugares, en «La historia literaria en Aragón (situación, problemas sugerenciales)», *Estado actual de los estudios sobre Aragón (I Jornadas, Teruel, 1978)*, 2 vols., Zaragoza, 1979, tomo II, pp. 979-1.004; «Casi un siglo de letras provincianas (1833-1920)», *Las Nuevas Letras*, 1 (1985), pp. 9-22; y «Costumbrismo, regionalismo, provincianismo en las letras europeas y españolas del siglo XIX», *Congreso de Literatura (hacia la Literatura vasca). II Congreso Mundial Vasco*, Madrid, Castalia, 1988, pp. 193-210.

no, el enciclopédico, por el que el conocimiento se constituye en una acumulación crítica de saberes históricos jerarquizados en determinadas entradas. En esta logoarquía moderna, a saber, en la fundación de niveles de conocimiento en los que van encajando los supuestos datos positivos de forma ordenada y codificada y según, lo que es muy importante, indique el progreso o avance en la materia mediante la formulación de nuevos interpretantes que *traduzcan* la *huella* huidiza del significante superior, en esta logoarquía, repito, cabe lo local como entrada inferior y marginal, meramente ilustrativa o curiosa, de la matriz simbólica de lo nacional. Significante, principio éste superior en la jerarquía y concepto, a su vez, lógica y claramente decimonónica. No hay letras locales, o literatura en tal o cual lugar, región y comarca sin la existencia previa de un proyecto enciclopédico y patriótico nacional, en el que la consideración de lo literario como empresa patrimonial, propia y fundada en el *continuum* histórico e incuestionable de una realidad, lengua y paisaje comunes se erige en centro de las mismas redes enciclopédicas de conocimiento .

Estas formas de pensamiento, enciclopédicas, racionales y codificadoras hasta el más ingenuo optimismo maquinista y pragmático, nacen, claro es, en el XVIII ilustrado. Reparen en que en los siglos anteriores, y ciñéndonos estrictamente a lo literario, el canon artístico no reconocía, como si fuera un ordenador que no puede leer un programa por no estar adecuado a ese sistema, lo local como hecho diferenciador, ni como hecho siquiera. Se puede hablar de escuela aragonesa de poesía, o de academias valencianas barrocas —etiquetas decimonónicas, por cierto—, hasta de cierto *cronotopo* en éste o aquel autor, pero jamás en los objetos literarios que produjeron los autores lo local tenía rendimiento relevante, puesto que el canon simbólico universal y superior no admitía la formulación de entradas de este tipo. Hay que esperar a los beneméritos ilustrados españoles para que, diseñado el nuevo sistema de modo de producción de conocimientos, se descubra lo local y para que este descubrimiento lucre resultados en la misma constitución del objeto artístico en cuanto objeto y en cuanto artefacto. La prensa, con su cotidianidad urbanícola y burguesa, los viajeros ilustrados y, sobre todo, la labor de las Sociedades Económicas de Amigos del País, topan, se inventan una nación codificada en *países* o comarcas sobre las que actuar como centro de progreso. Es éste el tiempo de unos informes y memorias locales que aparentemente se nos antojan como iliterarios pero que tanto influirán en un modo romántico de ver las cosas sancionado, en su vertiente pintoresca y localista, por la división administrativa de España en provincias amén de, no lo olvidemos, en partidos judiciales y distritos electorales.

Dejando a un lado el nivel superior de análisis de las letras locales es hora de acercarse al verdadero objeto de esta investigación, el bosquejo de un marco válido para la inserción y comprensión cabal de las escasas teselas que hemos heredado de las letras oscenses en el siglo pasado, con la circunstancia agravante, para nuestros intereses, de que Huesca carece de dos de los principios que Lanson, en su ensayo acerca de la historia

de las letras provinciales, indicaba como necesarios para el cumplimiento de la tarea; a saber, el repertorio de los autores menores de alcance local y el de la producción editorial del mismo ámbito. Con estas ausencias, con la inexistencia de cimientos positivos, puede parecer hasta ridículo proponer un análisis de nivel superior en torno a la literatura en Huesca. Por ello, al menos, esta investigación subsanará algunas de las fisuras.

En este sentido, cuando Huesca amanece como provincia y la ciudad de Lastanosa como capital de ella, en 1833, apenas tenemos datos que anulen la hipótesis de una ciudad y unas comarcas ciertamente levíticas en las que muy poco habían avanzado las reformas y pensamiento ilustrados, a despecho del nacimiento accidental de algunas de sus figuras en suelo altoaragonés, como el conde de Aranda o los Azara.

Es más que posible que el liberalismo altoaragonés fuera calando lentamente tras las acciones guerrilleras de la contienda de 1808 a 1814 a través del estamento militar, quizá por el ejemplo y acción de los Perena y Ricafort, amén de los ecos de la labor ilustrada del obispo liberal Miguel de Santander³. Las algaradas estudiantiles del trienio constitucional —disturbios del 2 de diciembre de 1820—⁴ en una Universidad bastante afrecasada⁵ y la débil noticia de la existencia de alguna que otra «Tertulia patriótica» oscense⁶ propiciarían el proceso de transición del antiguo régimen al nuevo burgués, elevando a determinados liberales a núcleos tradicionales de poder tales que el Ayuntamiento o la Universidad. Sea como fuere, la división provincial trajo consigo, a fuerza de decretos, los primeros establecimientos de la moderna administración civil liberal (Jefatura Política, Juzgados de Primera Instancia...), y entre ellos, la tardía y en cierto modo artificial implantación en la capital de la Sociedad Económica de Amigos del País de Huesca, el 8 de junio de 1834. Ese mismo año ve la luz el primer número del *Boletín Oficial de la Provincia*, pionero de la prensa oscense y delimitador del espacio provincial como algo propio y de interés individual y social.

³ Vid. *Exhortaciones a la Virtud que el Ilmo. Sr. ... Obispo auxiliar de Zaragoza, hacía a los fieles desde el día de la Capitulación de la ciudad. Firmada en 20 de Febrero de 1809. Reimpresas con las licencias necesarias*, Huesca, Imprenta de los Herederos de Mariano Larumbe, s. f. [pero 1822].

⁴ *Manifiesto de los comandantes de la Milicia Nacional de Huesca*, Huesca, Imprenta de la Viuda de Mariano de Larumbe, 1820. Acerca de éste y otros sucesos, véase la esforzada monografía de Laura ALÍNS RAMI, *La Universidad de Huesca en el siglo XIX*, Huesca, IEA, 1991 [ed. en microfichas de la Tesis doctoral homónima].

⁵ Ricardo DEL ARCO, *La imprenta en Huesca. Apuntes para su historia*, Huesca, IEA, 1984, p. 65 [edición facsímil del original de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1911].

⁶ Como la que se creó en derredor de Pascual Nogarol, en 1821, precedente de la republicana de Ugarte, ésta ya de 1841 (Alberto GIL NOVALES, «Huesca decimonónica. 1808-1874», en Carlos LALIENA (coord.), *Huesca. Historia de una ciudad*, Huesca, Ayuntamiento, 1990, pp. 342 y 348, respectivamente).

Dentro de este foco irradiador de liberalismo —acendrado paulatinamente por el merodeo de numerosas facciones carlistas—, y señaladamente en su derivación hacia la redención de lo local dentro de un proyecto patriótico de mayor calado, obtuvo un papel relevante y aun decisivo la acción beligerante y cívica de la milicia nacional, así como la de sus hermanas las milicias provinciales y locales. Ufanos en sus uniformes y enseññas, donde el distintivo local ya rendía un valor intrínseco, los milicianos comenzaron a organizar bailes y funciones benéficas para sufragar sus gastos, insuflando vida a la vieja casa de comedias de la plaza de Santo Domingo —propiedad de un particular, Faustino Pérez— e implicando a la juventud oscense con ínfulas literarias en el proyecto nacional y local.

No extraña, por lo tanto, que fuera el comandante de la Milicia, Tomás Villanova, el factótum y presidente de la primera institución de fuste dentro de las letras oscenses del siglo XIX, el Liceo Artístico y Literario⁷. Establecimiento que a su vez ejerce de marco institucional para entender el nacimiento de ellas y para colocar las primeras teselas de nuestro particular mosaico. Antes de su fundación efectiva se había producido una circunstancia crucial para el entendimiento, en parte, del Romanticismo español y, en todo, del inicio de las letras locales españolas: la desamortización.

Tal vez no se le haya dado todavía excesiva trascendencia, en punto a historia literaria, a este fenómeno tan importante. Sociológicamente hablando, la desamortización apuntala la existencia de unas oligarquías locales enriquecidas con la compra indiscriminada de bienes, y de unos aparatos administrativos que provocan la necesidad de la presencia de un buen número de abogados, administradores y escribanos. En su aspecto más cultural, la desamortización descubre un patrimonio artístico nacional —y local, por ende— abandonado o semiderruido, a los ojos de los jóvenes románticos. En primera instancia, se ejecutan oficios e informes por los que se describen técnicamente los edificios que deben ser subastados; en segunda, estos informes pueden dar pábulo a novelas, poesías o piezas teatrales de índole arqueologista o ruinista. Como veremos, Montearagón o Loarre pasarán en pocos años del informe pericial a las tablas del teatrillo

⁷ Un exhaustivo ensayo acerca del Liceo Artístico y Literario de Huesca (1840-1845), del que es autor el que suscribe estas líneas, está apareciendo, por entregas, en la revista *La Campana de Huesca*, a partir de su número 22. Allí el lector más curioso podrá encontrar detalles de esta institución, hasta ahora prácticamente desconocida, además de notas biográficas de los principales socios liceístas, muchos de los cuales son mencionados en este trabajo. Estos individuos conformaron el núcleo de la *sucursal* oscense del Romanticismo, que aquí pergeño en gruesos trazos. Alberto GIL NOVALES (*art. cit.*, p. 349) ya anotó de pasada la existencia de este Liceo oscense, así como José Ángel SÁNCHEZ en «Actividad artística zaragozana a través de la prensa: segunda serie del semanario *La Aurora*», en *Metodología de la investigación sobre fuentes aragonesas (Actas de las IV Jornadas)*, Zaragoza, ICE, 1989, p. 501. Este mismo investigador acaba de publicar un lúcido acercamiento al Liceo oscense, «En torno a los liceos artísticos y literarios (apuntes sobre el caso de Huesca entre 1839 y 1843)», *Flumen*, 2 (1997), pp. 139-169.

del Liceo oscense. Los cimientos para la construcción de la mitología legendaria local y su *contínuum* histórico estaban listos a la altura de 1840.

Pero todavía hay una circunstancia más cotidiana y aparentemente insustancial que revela la relación entre la desamortización y el Romanticismo local e historicista⁸, y es el hecho de que la mayoría de los edificios del casco urbano oscense enajenados fueron aprovechados para establecer en ellos las oficinas de la administración civil. Como si fuera una más, pero estrictamente cultural, el Liceo Artístico y Literario oscense también se instaló en uno de estos edificios, en concreto en el antiguo convento de la Compañía jesuita.

Similar proceso se vive en la mayoría de las principales localidades españolas, especialmente en las capitales de provincia. La fiebre liceísta, patriótica, liberal y civil, se extiende por la geografía española, instituyéndose una sana competencia entre los diferentes establecimientos por conseguir mayores logros e intentar acercarse a los progresos del que actúa de centro de imitación, el Liceo madrileño. Un Liceo, por cierto, ubicado desde 1838 en el palacio de los Villahermosa, y por donde pasaron los miembros más destacados de la que podríamos llamar sucursal romántica altoaragonesa, esto es, los Valentín Carderera⁹, Mariano Torrente¹⁰, Dolores Cabrera¹¹ y Alejandro Oliván¹².

Para hacerse una idea de que el cambio del viejo al nuevo régimen era un proceso muy consumado a comienzos de la década de los cuarenta

⁸ Omíto, por redundante, la bibliografía generada en torno al Romanticismo en Aragón, pues ya da buena cuenta de ella José Luis CALVO CARILLA en su contribución a estas mismas *Actas*, «El Romanticismo en Aragón (realidades literarias e idealismos tardíos)».

⁹ Sólo como ensayo de aproximación, véase el estudio de José María ASPIROZ PASCUAL, *Valentín Carderera, pintor*, Huesca, IEA, 1981, pues recientemente ha aparecido el excelente ensayo de Manuel GARCÍA GUATAS, «Carderera, un ejemplo de artista y erudito romántico», *Artígrama*, II (1994-1995), pp. 425-450.

¹⁰ Como poco o nada se ha investigado acerca del, entre otras muchas cosas, traductor del *Gómez Arias* de Telesforo de Trueba, todavía resulta útil la vieja nota de V. ÁLVAREZ, «Aragoneses ilustres. D. Mariano Torrente», *La Campana de Huesca*, 2 (7 de mayo de 1893), pp. 6-8.

¹¹ De la tamaritana Dolores Cabrera y Heredia preparó un estudio que restituya a un lugar más digno a la autora del correcto poemario de la *sisterhood* romántica española *Las violetas* (1850). El historiador y genealogista Ernesto FERNÁNDEZ-XESTA Y VÁZQUEZ tiene a punto de publicar un estudio sobre el linaje de los Cabrera titulado «Los Cabrera de Bielsa y Tamarite de Litera (un linaje infanzón aragonés no recogido en los elencos)» que, sin duda, arrojará nuevas luces en torno a una poetisa que dejó muestras de su buen hacer en revistas de alcance y también en diarios zaragozanos de la época.

¹² Sobre Alejandro Oliván, resulta muy útil el repaso bibliográfico —al que se suma un completo cuadro biográfico— de José María PISA, «Alejandro Oliván Borrueel en el CC aniversario de su nacimiento», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 13 (29 de febrero de 1996), pp. 4-10. En fechas cercanas ha aparecido el estudio de Guillermo VICENTE Y HERRERO, *Alejandro Oliván y Borrueel. Vida y obra de un ilustrado altoaragonés*, Huesca, Escuela Universitaria de Estudios Empresariales, 1997.

—años de euforia progresista y esparterista tras el triunfo del abrazo de Vergara (31-VIII-1839)—, y de que el cambio de inquilinos del edificio jesuita no se limitaba a su aspecto nominal, merece la pena echar un vistazo al estrato sociológico al que pertenecían los miembros de la primera Junta Directiva del Liceo oscense.

Así, Tomás Villanova, el presidente, nacido en 1801 y miembro de una familia de recursos económicos holgados, era abogado —su hermano Nicasio Manuel era notario— y comandante de la Milicia Nacional. En 1844 sería nombrado Juez de Primera Instancia del partido de la capital. Estaba casado con Vicenta Perena, de 30 años, sobrina del afamado militar de la Guerra de la Independencia, Felipe Perena, y hermana de

Pedro Perena, vicepresidente del Liceo, nacido en 1785, militar y miliciano nacional y Maestro por la Universidad Sertoriana.

Por su parte, Blas María Naya, consiliario, había nacido en Huesca en 1800. Era hijo de Alejandro Naya Ferrer y Tudela, barón de Alcalá, y estaba casado con Josefa Azara. Este rico terrateniente ejercía de prohombre liberal, ideología heredada a través de la línea paterna y por la unión con los Azara.

Faustino Español, también consiliario, era un zaragozano nacido en la capital aragonesa el 29 de julio de 1795. Abogado, había sido profesor de Matemáticas en la Sociedad Económica de Amigos del País, de Zaragoza, antes de ser socio y docente de la de Huesca desde marzo de 1838. Recaló en Huesca al casarse con la oscense Juliana Mirón.

Ambrosio Voto Nasarre, secretario del Liceo, también nació en Zaragoza, exactamente en 1808. Rico propietario y administrador de fincas muy activo durante el periodo desamortizador, se instaló en Huesca tras contraer matrimonio con Gregoria Larruga, tía de

Mariano de Lasala y Larruga, secretario asimismo, que nació en Huesca en 1817. Hijo del cerero y confitero Pedro Lasala, estaba emparentado con los Villanova pues Teresa, la hermana de Tomás, había contraído matrimonio con el hermano de su padre, Mariano. Mariano de Lasala y Larruga era abogado e íntimo amigo de Bartolomé Martínez Herrero, el liceísta más notable. Fue miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País de Huesca desde 1840 y Secretario de la misma desde 1842.

Nicolás Pedrós, depositario del Liceo, nació en Huesca en 1800; ejerció de abogado y administrador de fincas, tal que el citado Ambrosio Voto Nasarre.

Mariano Castanera, contador, nacido en Huesca en 1802, se había casado con Manuela Larumbe, hija de Mariano Larumbe, impresor, de quien heredó la imprenta y tipografía. Castanera fue el encargado de editar el *Boletín Oficial de la Provincia* durante varias décadas.

Por último, en la primera Junta del Liceo oscense figuraba como bibliotecario Pedro María Escudero. Natural de la villa de Azara, donde había venido al mundo en 1807, ejercía de profesor en la Universidad Sertoriana.

Por lo expuesto, queda más que manifiesto el abolengo liberal de los primeros miembros de la Junta del Liceo, establecimiento regido por abogados, militares, administradores de fincas o propietarios medios. No era ilógico que esta Huesca liberal de 7.616 habitantes en 1838 se viera representada en los prohombres arriba mencionados; máxime cuando las medidas administrativas progresistas de los sucesivos Jefes Políticos de la Provincia, como las decretadas por Valdés, Ugarte y Eugenio de Ochoa, propiciaron el asociacionismo civil y el *florece fomentando* de las letras locales. De esta manera, y muy apoyada por el Liceo, nació la primera asociación de comerciantes de Huesca, en diciembre de 1842, fruto de un irrefrenable «impulso patriótico» que provocó que los burgueses oscenses se manifestaran por sus calles acompañados, cómo no, por la Milicia Nacional y sus bandas encarnadas¹³.

Una de las secciones de este Liceo inaugurado el 21 de abril de 1840 que más actividad evidenció fue la de arqueología y monumentos; circunstancia que en nada sorprende a tenor de lo indicado con anterioridad en referencia a la trascendencia de los procesos desamortizadores. Esta sección fue el germen de la Comisión Provincial de Monumentos, creada en 1844 al socaire, una vez más, de la legislación vigente. Como no podía ser de otra manera, el autor literario de más fuste dentro del Liceo, Bartolomé Martínez Herrero, formaba parte de esa sección de arqueología y monumentos. Martínez, amparado en las ensoñaciones arqueológicas tanto como en el seguro aplauso de un público lugareño ávido, por primera vez, de divertimentos literarios de color e historia locales, escribirá uno de los mejores dramas románticos aragoneses, *Doña María de Lastanosa*, a imitación de los modelos madrileños y de los zaragozanos (Huici, Príncipe...).

Antes y después del estreno de esta obra pionera de las letras locales oscenses —dejamos a un lado la accidental escritura, en ese año de 1840, de la novelita romántica de tema legendario *Guati y Zalema*, escrita por J. P. L., un hasta ahora incógnito autor nacido en Argavieso y en nada ligado con la capital y su Liceo¹⁴—, el burgués Liceo mostró ufano su recién estrenado orgullo lugareño en toda ocasión que le vino propicia. Así, en el primer texto que noticia la aparición del Liceo Artístico y Literario, escrito por M. de L. y L. [Mariano de Lasala y Larruga], el secretario de la institución animaba con frases y términos henchidos de entusiasmo a «la juventud oscense» que es «amante siempre de sus glorias»¹⁵. Tal fue la actividad en pro de la mejora cultural de la localidad, que los zaragozanos del Liceo de la capi-

¹³ V. V. [Vicente VENTURA SOLANA], «Remitido», *Eco de Aragón* (18 de diciembre de 1842).

¹⁴ Fermín Gil Encabo está preparando la edición de esta bella leyenda romántica para la colección «Larumbe» del Instituto de Estudios Altoaragoneses.

¹⁵ Carta remitida desde Huesca el 27 de abril y reproducida en el número 1 de la segunda serie de *La Aurora* (3 de mayo de 1840).

tal aragonesa y del periódico *La Aurora* mostraron en más de una ocasión su interés por cómo los oscenses se preocupaban por la conservación de sus «glorias» artísticas y cómo las fomentaban en patriótico afán.

Sin desmerecer las composiciones románticas y patrióticas del pertusano liceísta Félix de Antonio —quien estrenó el drama *Urrea o La Unión* en el Liceo oscense el 7 de marzo de 1841—, o los balbuceos líricos de Mariano de Lasala, Pedro María Escudero o Mauricio María Martínez, los miembros más jóvenes del Liceo oscense —no tenía ninguno de ellos más de veinticuatro años en 1840—, es sin duda la producción literaria de Bartolomé Martínez Herrero la que pasa por emblemática tesela en este marco institucional romántico del inicio de las letras locales oscenses.

Bartolomé Martínez Herrero había nacido en Huesca el 24 de agosto de 1816. Primogénito del escribano Bernardo Martínez, estudió en la Universidad Sertoriana jurisprudencia hasta licenciarse como abogado. En una ciudad donde la actividad literaria languidecía en los rincones oscuros de la librería de Romualdo Navarro, el inquieto y joven Bartolomé aparecerá como punto de suscripción oscense, desde 1839, de las principales empresas y revistas literarias románticas del periodo. Impulsor del Liceo y secretario de varias asociaciones profesionales nacidas por entonces al amparo del progreso civil y burgués, Bartolomé Martínez ideó tempranamente la escritura de *Doña María de Lastanosa*, feliz contribución oscense al drama histórico nacional y pionera composición de tema local¹⁶. Al parecer, ya en el verano de 1840 estaba terminada la obra¹⁷, pero no se estrenaría hasta la noche del domingo 8 de noviembre. El éxito fue absoluto, y P. M. de E. [Pedro María de Escudero] glosó el feliz suceso incidiendo en el lustre que daba la obra al «renombre glorioso en los fastos de la historia» de Huesca¹⁸. En parecidos términos, pero referidos a Aragón, pues de la obra de Martínez hablaba un zaragozano, trató a *Doña María de Lastanosa* V. [Vicente Vallespín] cuando expresaba que lo que más resaltaba en el drama era el «conocimiento del carácter aragonés, y su apego y decisión a los fueros y libertades». Terminaba Vallespín la reseña apostillando que Martínez hacía «ver que la ínclita ciudad de Huesca, famosa en otro tiempo por las armas, tiene hijos capaces de hacerla también famosa por las letras»¹⁹.

Las poesías dedicadas al autor tras el estreno, ofrecidas por jóvenes liceístas oscenses, también son precioso documento de cómo nacían y

¹⁶ En la actualidad estoy preparando una edición de esta pieza dramática, a la que se unirá la de *Don Gonzalo de Sobrarbe*, cotejada la versión impresa con la manuscrita.

¹⁷ Cf. «Liceo de Huesca», *La Aurora*, 10 (5 de julio de 1840).

¹⁸ P. M. de E. [Pedro María de Escudero], «Liceo Artístico y Literario de Huesca. Remitido», *La Aurora*, 30 (22 de noviembre de 1840).

¹⁹ V. [Vicente VALLESPÍN], «Doña María de Lastanosa. Drama original en cuatro cuadros, por Don Bartolomé Martínez», *La Aurora*, 30 (22 de noviembre de 1840).

se aplaudían las letras locales. Así, Mariano de Lasala enfatiza de qué manera «las glorias de Aragón» entusiasmaron al autor y cómo «el oscense Liceo» le aclama. Julián Pérez y Muro afirmaba, por su parte, que «la ciudad soberana» vuelve por sus antiguos fueros al ser cantadas «las glorias olvidadas» por el rapsoda local. Palabras y tono reiterados en el soneto de Manuel Garcés. Por último, Félix de Antonio señalaba a Martínez Herrero como el pionero que abre el *verdadero* camino a los demás²⁰.

Bartolomé Martínez continuó esta línea arqueológico-legendaria con su poesía «Al castillo de Loarre» aparecida en el número 48 (28-III-1841) de *La Aurora*, en la escrita con ocasión del éxito del estreno de *Urrea o la Unión*, de su amigo el liceísta Félix de Antonio²¹, y, por último, en las *monumental-pintorescas* tituladas «El Monasterio de San Juan de la Peña»²² y «Aínsa»²³. También Martínez cultivó el subgénero costumbrista con la composición en verso titulada «Costumbres zaragozanas. El paseo»²⁴, precedente de la comedia *La Verbena*, estrenada en el Liceo el 30 de noviembre de 1841 y publicada a principios del año siguiente. Amén de otras poesías de menor relevancia, el fervor patriótico, liberal, ilustrado y localista lo mostrará Bartolomé Martínez en la oda dedicada a Mariano Ricafort, héroe de la Independencia. De esta poesía entresacamos los pasajes de orgullo local más subido:

Esta ciudad reunida
te tributa el parabién;
mira tu patria querida,
todos te ofrecen su vida,
mil corazones también.
Hoy no pueden espresar [*sic*]
tus paisanos lo que sienten;
de su grato palpitar
jamás lo puedes dudar.
Siendo de Huesca, no mienten²⁵.

²⁰ Estas poesías se publicaron, en primer lugar, en el núm. 32 de *La Aurora* (6 de diciembre de 1840), y con posterioridad, en las páginas 79 y 80 de la edición en libro del drama: *Doña María de Lastanosa. Drama en cuatro actos, original, y en verso por D. Bartolomé Martínez. Dedicado al Liceo artístico y literario de Huesca*, Barcelona, Imprenta de D. J. M. Grau, 1845.

²¹ Junto a las de Julián Pérez y Muro, Pedro María Escudero, Mauricio María Martínez y Mariano de Lasala y Larruga, se lee en el núm. 54 (18 de abril de 1841) de *La Aurora*.

²² *Eco de Aragón* (30 de junio de 1841).

²³ *Eco de Aragón* (19 de diciembre de 1841).

²⁴ *Eco de Aragón* (29 de junio de 1841).

²⁵ Bartolomé MARTÍNEZ, «A mi paisano el Excmo. Sr. D. Mariano Ricafort. Composición leída a S. E. en el Liceo Artístico y Literario de Huesca, la noche del 24 de Febrero de 1842», *Eco de Aragón* (2 de marzo de 1842).

Desaparecido el Liceo en 1845²⁶, Bartolomé Martínez siguió trabajando para la Comisión Provincial de Monumentos Artísticos hasta que marchó a Zaragoza en 1854, ya templado, y mucho, su fervor liberal juvenil. En ese mismo año publicó *La Corte de María*, y nueve años después retornó a los temas legendarios con el drama *Don Gonzalo de Sobrarbe*. Culminó su carrera literaria con la obra que más fama le daría, el estudio histórico, en dos tomos, titulado *Sobrarbe y Aragón* (1866-1868). Moriría en Zaragoza en 1874.

El Liceo Artístico y Literario, fundacional marco para las letras locales oscenses, terminó cuando los primeras euforias románticas remitieron tras la rebelión contra Espartero de 1843 y las disensiones —locales, cómo no— entre Huesca y Barbastro en torno a la capitalidad llegaron a situaciones de extrema violencia dialéctica. Faltos de prensa periódica no oficial, dividido el núcleo liceísta, acomodados muchos de aquellos jóvenes entusiastas de tres años antes (Villanova es nombrado Juez de Primera Instancia en 1844; Bartolomé Martínez logra fama de abogado; Pedro María Escudero gana en propiedad su plaza en la Universidad; Antonio Naya y Azara, hijo de Blas María y uno de los liceístas más jóvenes, acabaría en las filas de la Unión Liberal más morigerada; Vicente Ventura, el luchador progresista que mantuvo polémicas con el veterano Faustino Español por su tibieza política, terminaría abrazando, muchos años después, las transacciones canovistas...), y perdida la esperanza de que el Estado amparase la iniciativa civil liceísta mediante la donación definitiva de los locales del convento de los jesuitas, el establecimiento literario oscense languideció hasta su muerte, en 1845. Este año, además, Huesca ve cómo se cierran para siempre las puertas de la Universidad Sertoriana y de la Sociedad Económica de Amigos del País, y en su lugar abren las del Establecimiento de Segunda Enseñanza, institución menos endogámica y localista que la Universidad. Con anterioridad lo había hecho la Escuela de Magisterio, creada en 1842²⁷.

La ausencia de editores con iniciativa —Mariano Castanera se apropia de la imprenta de la viuda de Larumbe, pero sólo la utiliza para trabajos administrativos de encargo, como la edición del *Boletín Oficial de la Provincia*—, de librerías de alcance —la única existente en Huesca es por entonces la de Romualdo Navarro, pero quien quería suscribirse a entregas o revistas literarias debía acudir al omniconresponsal e inquieto Bartolomé

²⁶ Sabemos que a principios de 1846 ya no existía la institución. La última noticia de su existencia la extraemos del opúsculo *Ceremonia fúnebre de la traslación a la Yglesia Colegial de S. Pedro el Viejo verificada en Huesca el día 29 de Junio de 1845, de los reales despojos sacados de Mont-Aragón. Dala a la luz la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la Provincia*, Huesca, Imprenta de la V. de Larumbe, 1845, celebración en la que participó el Liceo oscense.

²⁷ Acerca de los avatares de esta institución en el siglo pasado, vid. José María NASARRE LÓPEZ, *La Escuela Normal de Maestros de Huesca en el siglo XIX*, Huesca, Escuela Universitaria de Magisterio, 1992.

Martínez— y, sobre todo, de prensa periódica local, vehículo indispensable para las letras lugareñas, propicia otro aspecto típico de las letras locales de cualquier provincia: la discontinuidad. En efecto, entre 1845 y 1854, coincidiendo con épocas de lacerante moderantismo y fuerte censura previa, las letras oscenses no dan fruto alguno de interés. Sólo con la llegada del bienio progresista, en 1854, hubo un cierto, aunque débil y pasajero, repunte en las letras locales. En los escasos números de *El Eco de los Libres*, revista demócrata dirigida por el republicano oscense Francisco García López²⁸, se detectan algunas poesías del funcionario Joaquín María Cano, pero será en la sucesora de esta revista, en *La Campana de Huesca*—luego abreviada en *La Campana*— donde se retomará la romántica, legendaria y tópica historia local aunque de una manera importada, pues en el folletín del periódico se entregará la novela homónima de Cánovas del Castillo, en su primera versión, no corregida todavía por el malagueño²⁹.

Tal inexistencia de marco institucional, sin embargo, propicia de nuevo la discontinuidad y atonía de las letras oscenses en los años subsiguientes al bienio progresista. Es entonces cuando, al calor del romanticismo de guardarropía al estilo de Cánovas, el único núcleo ilustrado de la ciudad, el formado por los catedráticos del Instituto, comienza a renacer la imagen monumental y pintoresca de la ciudad y provincia. En esta tarea destacan Ramón Sans y Rives, Carlos Soler y Arqués y, sobre todo, Cosme Blasco y Val. El leridano Ramón Sans y Rives, profesor del Establecimiento de Segunda Enseñanza de Huesca, había dado a la imprenta del *Eco de Aragón* (28-IX-1864) su poema «La Campana de Huesca»³⁰, composición elegantemente reproducida por su compañero de tareas docentes Carlos Soler Arqués en su obra *Huesca monumental* (1864)³¹. Soler, también catalán, editaría al cabo de los años el curioso libro de impresiones viajeras y pintorescas *De Madrid a Panticosa* (1878).

Fue esta una floración de profesorado inquieto que llega a Huesca a principios de la década de los sesenta y que coincide con el renacimiento de las imprentas locales (Lucas Polo, Mariano Castanera, Jacobo María Pérez, Antonino Arizón, José Iglesias...) y la primera edad de oro de la prensa local en Huesca (*El Alto Aragón, Revista de Primera Enseñanza, El*

²⁸ Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Letras oscenses. La *bonhomie* republicana de Francisco García López (1824-1878). Exhumando el merecido recuerdo de uno de los oscenses más destacados del siglo XIX», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 21 (septiembre-octubre de 1996), pp. 21-25.

²⁹ Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Acerca de la edición en folletín de *La Campana de Huesca* de Cánovas del Castillo en el periódico homónimo oscense», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 9 (26 de enero de 1996), pp. 11-13.

³⁰ Recojo la noticia de la p. 1.296 del estudio de Fermín GIL ENCABO, *El costumbrismo literario aragonés*, Huesca, Ediciones del Fénice, 1991 [edición en microfichas].

³¹ Carlos SOLER Y ARQUÉS, *Huesca monumental*, Huesca, La Val de Onsera, 1996, p. 107 [reedición de la original de 1864, Huesca, Imprenta y Librería de Jacobo María Pérez].

Oscense...)³². Entre los profesores señalados, a los que hay que añadir el también catalán Luis Vidal y Domingo y el zaragozano Cándido Domingo y Ginés, cabe destacar al grafómano y erudito Cosme Blasco y Val. Blasco, que pasaría por ser el primer erudito local interesado por lo oscense pero lastrado por la típica práctica historiográfica del momento consistente en troquelar la historia en efemérides y «personajes ilustres» fue, con mucho, quien más animó las imprentas oscenses en la década de los sesenta y principios de los setenta. La mayoría de sus obras se publicó por entregas en los folletines de los diarios locales. Dentro de la producción oscense de Blasco sobresalen el aleccionador y heredero del *Juanito*, *Las tardes de abril* (Huesca, Imprenta de Jacobo María Pérez, 1865), la novelita sentimental *Magdalena* (Huesca, Imprenta de Jacobo María Pérez, 1866), subtitulada *Novela de costumbres* y dedicada precisamente a Carlos Soler y Arqués, la *Huesca biográfica. Galería de hombres notables* (Huesca, Imprenta de Jacobo María Pérez, 1870), una *Historia biográfica de las ciudades, villas y pueblos de la provincia de Huesca* (Huesca, Imprenta de Jacobo María Pérez, 1871), el edificante *El amigo de los caminantes* (Huesca, Imprenta de Jacobo María Pérez, 1874) y, especialmente, la primera versión de la obra costumbrista *Aragón. Artículos humorísticos de costumbres del país* (Huesca, Imprenta de Antonino Arizón, 1868), que fue apareciendo por entregas desde el número 25 de *El Oscense* (29-IX-1868), y que demuestra que por entonces Cosme Blasco todavía no utilizaba el seudónimo que le haría célebre, *Crispín Botana*, sino el más cáustico y explícito de *Crispín Batanero*.

Es en esta sazón cuando amanece a la vida literaria una nueva generación de jóvenes altoaragoneses que desde su capital y con el cobijo del claustro de profesores del Instituto y de la Escuela de Magisterio intentan aunar las letras locales a un lugar más digno. Es el momento en el que el ambiente del Instituto ampara a unos bisoños Laín, Gasós, Galicia, Salillas y Costa, quienes, junto a otros jóvenes, el 6 de enero de 1866 deciden fundar el Ateneo oscense³³. Institución ésta en sus inicios menos recreativa que su antecesor Liceo pero, por contra, más dada a floralismos de

³² El estudio más exhaustivo y citado acerca de la prensa oscense es el de Ricardo DEL ARCO, «La prensa periódica en la provincia de Huesca», *Argensola*, 11 (1952), pp. 197-236, del que se sirvieron los posteriores de Jesús GARCÍA MATEO, «Historia del periodismo oscense», *Argensola*, 18 (1959), pp. 281-296, y de Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE y Carlos FORCADELL, *Historia de la prensa aragonesa*, Zaragoza, Guara, 1979. Sin embargo, el estudio de DEL ARCO contiene numerosas imprecisiones, por lo que resulta más fiable, aunque menos prolijo y limitado a la prensa de la capital, el pionero de Gregorio GOTA HERNÁNDEZ, *Huesca. Apuntes para su historia*, Huesca, Imprenta de la Viuda e Hijos de Alcántara, 1891, uno de cuyos capítulos es la *Breve reseña de los periódicos publicados en Huesca*.

³³ En esta generación debería ser incluido también un peregrino escritor y aventurero oscense nacido en la capital en 1854. Éste fue Jorge Navarro y Almansa, de cuyas peripecias nos habla el malagueño Ramón A. URBANO CARRERE en la *Biografía de los miembros que componen la Junta Poética Malacitana*, Málaga, Imp. de Ramón Giral e Hijo, s. f. [pero 1886], pp. 57-58.

mesa camilla y salón burgués. Joaquín Costa vive entonces su efímera y juvenil etapa literaria, en la que da a la prensa sus adolescentes, románticos y fantástico-legendarios cuentos «Un día de Navidad»³⁴, «Una noche en Montearagón»³⁵ y «Un veinticinco de noviembre»³⁶. Tras el retorno de su viaje a la exposición de París, Costa apenas volverá a cultivar estos entusiasmos y, sin embargo, sí fijará sus ojos en otras tareas, de suyo también muy románticas, de recopilación de literatura oral popular³⁷, tarea muy en consonancia con la moda de los «cantares»³⁸. Por su parte, el fragatino Cándido Galicia había publicado en el folletín de *El Alto Aragón*, y en 1868, su novela *María*; Pedro Laín Sorrosal —abuelo de Pedro Laín Entralgo— dedicaría sus ocios a la política con el paso de los años; Salillas aún tardaría algún tiempo en decidirse a escribir su drama histórico *Las dos ideas* (1884)³⁹; Antonio Gasós Espluga daría a la imprenta el poemario *Flores y espinas* (Huesca, Imprenta de Mariano Castanera, 1877), libro de tono campoamorino, pero en el que también tenían cabida destellos de amor y orgullo locales⁴⁰.

El Ateneo, desde su fundación, tuvo como órgano periodístico semioficial *La Revista de Primera Enseñanza*, pero desde 1868 contó con uno propio, *El Oscense*, hermanado con su pariente y en cierto modo rival *El Barbastrense*, periódico éste dirigido por Arturo Zancada y Conchillos, quien con los años emprendería los proyectos de *La Ilustración Militar* y de *La Ilustración Nacional*. Tanto *El Oscense* como el Ateneo murieron cuando los primeros gritos de «La Gloriosa» se escucharon en Huesca. El periódico desaparece, y el ala más conservadora del Ateneo, compuesta por el carlista y padre de *Silvio Kossti*, Francisco Bescós, más Francisco Arnal y Joaquín Buisán, entre otros, lo refunda, dotándolo de nuevo reglamento, precisamente el 22 de octubre de 1868⁴¹.

³⁴ *El Alto Aragón* (12 de diciembre de 1865).

³⁵ *El Alto Aragón* (17 de abril de 1866). Acerca de los años oscenses de Costa y, en particular, de esta narración, *vid.* Juan Carlos ARA TORRALBA, «Joaquín Costa y su 'Una noche en Monte-Aragón' (1866)», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 4-5 (22 de diciembre de 1995), pp. 26-28, muy ampliado en «Pesquisas sobre la actividad del joven Costa en Huesca», *Anales de la Fundación «Joaquín Costa»*, 14 (1997), pp. 5-52. Aquí doy la noticia de un efímero *Centro Literario* instalado en 1867.

³⁶ *El Alto Aragón* (26 de abril de 1866).

³⁷ Cf. el primer capítulo de mi estudio «Del folklore a la acción política. Tres calas en el pensamiento nacional de Joaquín Costa a través de sus corresponsales (A. Machado, R. Salillas, P. Dorado)», en *Anales de la Fundación Joaquín Costa. 150 aniversario*, Huesca, IEA/Fundación «Joaquín Costa», 1996, pp. 7-208.

³⁸ *El Oscense* (1868) tenía una sección enteramente dedicada a los «Cantares».

³⁹ Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Literatura. Rafael Salillas, literato», *4 Esquinas. Revista de Huesca*, 93 (noviembre de 1995), pp. 20-21.

⁴⁰ Una primera aproximación a Antonio Gasós la doy en mi artículo «'A las ruinas de Monte-Aragón', de Antonio Gasós Espluga (1876)», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 6 (5 de enero de 1996), pp. 6-7, ahora ampliado en «*Flores y espinas* (1877), de Antonio Gasós Espluga (1850-1931). Edición y estudio», *Alazet. Revista de Filología*, 9 (1997), en prensa.

⁴¹ *Reglamento del Ateneo Oscense. 1868*, Huesca, Imprenta de Mariano Castanera, 1869.

Tiempos fueron, los del sexenio revolucionario, más propicios para leer, unos los ensayos ultramontanos de León Abadías, y otros los poemas, trazos en verso de las novelas de Wenceslao Ayzguals, del barbastrense Luis Blanc, *El Cantor del pueblo*. La efervescencia política del momento no dejó lugar apenas para los ocios literarios y, por contra, sí anunció lo que iba a ser norma en los años del último tercio del siglo XIX, la institucionalización de los escasos dividendos culturales en torno a casinos y periódicos políticos. Así, y a imitación zaragozana, se inicia la Restauración en Huesca con la fundación del Casino Sertoriano —de talante conservador, y cuyas sesiones se celebraban en los salones de un antiguo liceísta, Antonio Naya y Azara, barón de Alcalá— a la que siguieron las del Casino Democrático Progresista y de *El Diario de Huesca*, vehículo en el que menudearon las firmas de autores locales, tales que las de Gasós, Susana Lacasa⁴² o un bisoño Luis María López Allué⁴³. Asimismo, los elementos más reaccionarios pronto se auparon a la fiebre socialcatólica con la creación del primer Círculo Católico de Obreros aragonés, en 1878, bajo la presidencia de su fundador León Abadías y Santolaria⁴⁴.

Esta Huesca, ya con ferrocarril desde 1866 y tan parecida a la Orbajosa galdosiana —en palabras de Queral—, vio cómo fecundó en su seno cierta literatura clerical y moralizante de la mano de León Abadías Santolaria, Serafín Casas y Abad y, señaladamente, de Pedro Claver y Bueno, Félix Bescós y Mavilla, Valero Palacín, Victorián Aragón y Lasierra y José Banzo y Lizana. León Abadías, combatiente en la última guerra carlista en el bando ultramontano, hubo de marchar a Córdoba, ciudad en la que imprimiría sus moralizantes *Cuadros al fresco* (Huesca, Imprenta de la Viuda e Hijos de Mariano Castanera, 1888)⁴⁵. Los ensayos *dominicales* de Serafín Casas, teñidos de un vago catolicismo social, apenas tienen interés, salvo el arqueológico; en cambio, al médico oscense le cupo el honor de iniciar en su capital natal la moda de las guías locales; primero de la mano de un típico encargo profesional, que fructificó en *Huesca, su topografía médica o reseña demográfico-sanitaria seguida de un reseumen histórico-descriptivo* (Huesca, Imprenta de José Iglesias, 1883), y después, visto el éxito de la parte monumental y pintoresca, con una guía en su recto sentido, la *Guía de Huesca*,

⁴² Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Quién fue en verdad Susana Lacasa y cómo Joaquín Costa no pudo jamás firmar poemas con ese nombre», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 10 (2 de febrero de 1996), pp. 13-15.

⁴³ Las poesías juveniles de Luis López Allué son accesibles al público gracias a la recopilación de Ana María RAMÍREZ DE ARELLANO (ed.), Luis López Allué, *Obra Poética (1879-1928)*, Huesca, La Val de Onsera, 1994.

⁴⁴ En torno al pintor y literato oscense, *vid.* Fernando ALVIRA BANZO, *Aproximación a la biografía de León Abadías*, Huesca, Diputación Provincial, 1995.

⁴⁵ Acerca de este libro, *vid.* Fernando ALVIRA BANZO, «Los Cuadros al fresco de León Abadías», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 1 (agosto de 1995), pp. 22-24.

Civil, Judicial, Militar y Eclesiástica (Huesca, Librería Oscense, 1886)⁴⁶. De Pedro Claver y Bueno, perteneciente a una de las familias de mayor abolengo en la localidad, destacan su interés por las viejas leyendas y sus cumplidas prosas donde lo local se arropa en un vago sentimentalismo en ocasiones un tanto forzado y cursi. Estos caracteres manifiestan sus *Primeros ensayos literarios*, apadrinados por Antonio de Trueba (Bilbao, Imprenta de Cristóbal Pérez, 1881), *Aragón cristiano y caballeresco* (Huesca, Imprenta de Jacobo M. Pérez, 1889), *Hojas de mi álbum* (Huesca, Imprenta de Jacobo María Pérez, 1890) y *Glorias de Aragón* (Zaragoza, Tipografía de N. Francés, 1896).

Al margen de estos escritores del integrismo oscense, en 1883 se fundó en Huesca un nuevo Liceo Artístico y Literario⁴⁷, reiterado intento de recuperar la vieja institución de 1840, pero que en la práctica se limitó a representar funciones teatrales de socios aficionados en el flamante teatro Principal, aquel que se había inaugurado en 1846 con *El hombre de mundo* de Ventura de la Vega⁴⁸. Este establecimiento contó con periódico propio, homónimo y de corta vida. Huesca presumía por entonces —principios de la década de los ochenta— de varios periódicos diarios y de cuatro librerías, fundamento más que suficiente para el desarrollo de los prototípicos subgéneros de la literatura de la Restauración, y en especial el de mejor acogida popular, el joco-festivo.

En este parámetro, auspiciado por la inevitable prensa satírica (*El Isuela*, donde se inició Luis López Allué, *El Mosquito Oscense...*), se sitúa el curioso eco oscense de la obra colectiva dirigida por el aragonés Eusebio Blasco *Madrid por dentro y por fuera* (1873). Y es que en 1884 Luis López Allué estrenó su sainete de costumbres oscenses *Huesca por dentro*, y en 1887 el confitero masón Bernabé Morera Pablo su poemario *Huesca por fuera*, recientemente reeditado⁴⁹. Por entonces, y al calor de la más impor-

⁴⁶ De Serafín Casas me ocupo en la introducción biográfica a la reedición de la *Guía de Huesca*, Huesca, La Val de Onsera, 1996. Con anterioridad, había esbozado la relativa importancia de la labor de Casas en el artículo «Literatura. Un libro, un recuerdo y un modelo: la olvidada *Guía de Huesca* (1886) de Serafín Casas y Abad», *4 Esquinas. Revista de Huesca*, 88 (junio de 1995), pp. 52-53.

⁴⁷ Vid. Gregorio GOTA HERNÁNDEZ, «Notas oscenses. El teatro en Huesca. El Liceo Artístico y Literario», *El Diario de Huesca* (13 de mayo de 1933).

⁴⁸ Acerca de la cartelera teatral oscense de la Restauración, véase el artículo de M. J. MENDOZA y M. J. OTÍN, «*El Diario de Huesca* y la vida cultural oscense en el último cuarto de siglo (1875-1900)», *Alazet. Revista de Filología*, 6 (1994), pp. 35-82.

⁴⁹ Juan Carlos ARA TORRALBA (ed.), Alfredo Gómez Pérez [seudónimo de Bernabé Morera Pablo], *Huesca por fuera. Colección de poesías*, Huesca, La Val de Onsera, 1996. En la introducción a esta edición amplió las notas bosquejadas en «Literatura. Reivindicación de Bernabé Morera, autor de *Huesca por fuera* (1887) y pionero del velocipedismo nacional», *4 Esquinas. Revista de Huesca*, 92 (octubre de 1995), pp. 24-25, y en «'Mont-Aragón', de Bernabé Morera Pablo (1886)», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 7 (12 de enero de 1996), pp. 16-17.

tante empresa literaria nacida de la prensa diaria, *Los Lunes de «La Brújula»* (1886), y bajo la batuta de Pascual Queral y Formigales, escribirán sus poemas de circunstancias el turolense Joaquín Adán Berned y el altoaragonés Luciano Labastida Oliván⁵⁰. El primero los recogerá en *Retazos Literarios* (1887), y el segundo en el campoamorino *Ayes y sonrisas* (1887). Adán, quien ganaría fama como autor de juguetes cómicos y propósitos de escasos vuelos, nos legaría una de las primeras novelas tituladas como *aragonesa, Mosén Quitolis* (1894).

Pero estos tiempos de la Restauración, de derribos indiscriminados de edificios en pro de la higiene pública⁵¹, de alineamiento de calles y de una perplejidad y orgullo por el progreso sólo detenidos por las usuales epidemias coléricas, habilitaron la aparición de numerosas firmas de escritores locales que tenían en la prensa su vehículo cotidiano y efímero. Así, los años ochenta de la pasada centuria ven nacer a la tinta periódica a Ángel Quintana Lafita, quien acabaría sus días dirigiendo *El Diario de Santander*, al zaragozano Roberto Bueno, quien lucró una celebridad exigua a través de las «Frioleras», impresiones jocoserias y satíricas aparecidas en *La Crónica*; o a las soflamas epigramáticas de Pascual Queral y Formigales en el anticamista *La Brújula*. Queral había colgado hacía tiempo sus inquietudes federales y republicanas de *El Clamor del Pirineo Central* (1879), y morigerado su ideología hacia un constitucionalismo administrativo, tal que el que hacía gala el ribagorzano Jacinto Romeo Belloc —hermano del poeta Bernabé, autor de *Las fuentes de la poesía* (1888)⁵²— en sus columnas de *La Crónica* y especialmente en las «Cartas administrativas», regeneracionistas antes del regeneracionismo. Por último, también menudieron por los periódicos oscenses de la década, Félix Sarrablo Bagüeste, Magdalena Santiago Fuentes⁵³ y Coronado Satué, quienes mantenían viva la llama ilustrada de ese entrañable y viejo Magisterio nacional tan interesado por la parva vida cultural de los lugares, y a cuya labor sorda tanto debió la vertebración española entre 1850 y 1936.

Con todo, los años ochenta del siglo pasado, entre *kermesse* y *kermesse* y entre baile de máscara de antruejo o salón recreativo juvenil más o menos

⁵⁰ Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «El escritor Luciano Labastida Oliván (1863-1926)», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 17 (28 de marzo de 1996), pp. 8-11.

⁵¹ Eran tantas las actuaciones urbanísticas de derribo que no faltó la socarronería zumbona en forma de relatos situados entre el costumbrismo y el seudofuturismo (cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Literatura. Huesca futura y Huesca pretérita. A propósito de los planes urbanísticos de hoy a través de un texto premonitorio de 1886», *4 Esquinas. Revista de Huesca*, 91 (septiembre de 1995), pp. 26-27).

⁵² Cf. M.^a Luisa ARNAL y M.^a Ángeles NAVAL, «Lengua y literatura de unos poemas en ribagorzano (1861-1888)», *Archivo de Filología Aragonesa*, XLII-XLIII (1989), pp. 83-130.

⁵³ Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Letras oscenses. Magdalena Santiago-Fuentes (1873-1922)», datos para la biografía de una mujer dedicada a la literatura y al magisterio», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 20 (mayo-junio de 1996), pp. 18-21. Sobre Sarrablo y otros

marginal, donde se reunía lo más granado de los vástagos de la pequeña burguesía de la localidad, ven nacer a quien debía, por formación y trayectoria, haber pasado a la posteridad como el primer miembro oscense de esa raza de eruditos locales que en las últimas décadas del XIX y primeras del XX se empeñaron en poblar el mercado editorial de, en algunos casos, beneméritas monografías de efemérides, historias de la imprenta, glosas curiosas de *historia menuda*, o galerías de hombres notables. Éste fue Gregorio Gota Hernández⁵⁴, quien, tras los primeros escarceos en la prensa, se decidió a publicar un muy ignorado opúsculo, *Huesca. Apuntes para su historia* (Huesca, Imprenta de la Viuda e Hijos de Alcántara, 1891), librito en el que trazaba la trayectoria del periodismo oscense hasta la fecha, al que siguieron numerosas colaboraciones en la prensa de tema histórico y, cómo no, unas efemérides que aparecieron por entregas en *La Crónica de Huesca*. El título de estas efemérides, que eran «Alto-aragonesas» y no sólo oscenses, revela la intención provincial, integradora desde la capital, que evidenció el principal proyecto salido del magín de Gota, la fundación de la revista altoaragonesa más importante del siglo pasado, *La Campana de Huesca* (1893-1895). Allí consiguió Gota, no sin gran esfuerzo, concitar las colaboraciones de las aisladas plumas de la mayoría de los escritores y polígrafos altoaragoneses del momento, incluido Joaquín Costa⁵⁵.

La misma atonía que Gota pretendió combatir con sus empresas, aquella que en otro lugar hemos denominado *pax camista*⁵⁶, terminó por malbaratar lo que bien podría haber constituido un marco en el que las letras locales hubieran extendido sus peculiares esencias acompañadas con las

maestros del periodo, véase también mi artículo «La época dorada del Magisterio oscense. Dos ilustrados maestros y escritores altoaragoneses de entre siglos, Félix Sarrablo Bagüeste y Orencio Pacareo Lasauca (y unas notas marginales acerca de Marcelino López Ornat, Joaquín Gil Acín y Félix Bielsa Jordán)», *Flumen*, 3 (1998), pp. 73-89.

⁵⁴ He ido perfilando progresivamente la obra y figura de Gregorio Gota Hernández en sucesivos artículos; uno, el más extenso y detallado, «Sinfonías legendarias en tono menor: *La Campana de Huesca* (1893-1895), glorias y miserias de la primera y postergada revista ilustrada de la provincia», *Alazet. Revista de Filología*, 7 (1995), pp. 9-55; y otros más breves, donde se añaden anécdotas más menudas: «'Ayer y hoy' y 'El horóscopo', dos narraciones de historia oscense de Gregorio Gota Hernández (1894)», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 8 (19 de enero de 1996), pp. 13-15; «Las 'Efemérides Alto-aragonesas' de Gregorio Gota Hernández», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 14 (7 de marzo de 1996), pp. 22-23; «Las 'Efemérides Alto-Aragonesas' de Gregorio Gota Hernández. Gota, factótum de la fundación de la Cruz Roja oscense», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 19 (11 de abril de 1996), pp. 11-13; y «Letras oscenses. Las 'Efemérides Alto-Aragonesas' de Gregorio Gota Hernández», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 21 (septiembre-octubre de 1996), pp. 26-28. En meses sucesivos terminará la reedición de las «Efemérides» de Gota en *La Campana de Huesca* hasta completar el ciclo anual. Asimismo, ha visto la luz recientemente la edición, preparada por quien esto suscribe, de las *Notas oscenses (Primera Serie)*, Huesca, La Val de Onsera, 1997.

⁵⁵ Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Sinfonías...», cit.

⁵⁶ *Ibidem*.

modas del momento. Faltó, por ello, una *Huesca Moderna* que equiparara la vida cultural de la ciudad y provincia con otras que mostraban orgullosas sus nuevas avenidas, industrias o casinos. Muy al contrario, Gota debió de abandonar su ciudad natal con el cambio de siglo, y sólo en su vejez, y desde Madrid, pudo enviar unas nostálgicas escuetas y periódicas «notas oscenses» a *El Diario de Huesca*, mientras que Bernabé Morera pagó su convicción republicana y masona con el exilio a Buenos Aires, cosmopolita capital donde dirigió durante años la revista del Círculo de Aragón, en la que también abundó en composiciones intrascendentes de indudable nostalgia local. Por su parte, Pascual Queral apenas pudo saborear el éxito de su novela, *La ley del embudo* (1897), libro que denunciaba de manera notable las miserias caciquiles de Huesca, pues murió a los cinco meses de la publicación⁵⁷.

Desaparecidos, cada uno a su manera, Queral, Morera y Gota, los últimos años del siglo XIX los ocupan el nacimiento de la Academia Sertoriana oscense (1897-1900)⁵⁸, con Félix Lafuente, Luciano Labastida, Matías Chías y Ramón Mayor, entre otros, y la de la Academia Científico Literaria (fundada el 6 de febrero de 1899), cuya *alma mater*, Cristino Gasós —hijo de Antonio— y uno de sus principales socios, José María Llanas Aguilaniedo, alcanzarían cierta fama en el siglo que llegaba. El primero de los citados, junto a un hijo de Ayerbe que ya había apuntado algún que otro destello en la prensa local oscense a través de cuentos de talante costumbrista baturrero, Vicente Castro Les, dan la mano al acontecimiento de las letras oscenses más importante que cierra el siglo, la publicación de la novela «regional» *Capuletos y Montescos*, de Luis López Allué, excelente fin de trayecto para todo un siglo de letras locales oscenses y modelo literario que seguirán éstas, en buena medida, durante las dos primeras décadas de nuestra centuria.

Hasta aquí hemos trazado lo que no es, de suyo, sino un bosquejo de lo que con el tiempo esperamos sea un mosaico exhaustivo de las letras altoaragonesas del siglo XIX. Y es que, como habrán podido advertir, estas líneas se han limitado a la capital de la provincia, dejando a un lado, voluntariamente, pero sin atisbos de malicia *cabileño-cantonal*, a otras localidades y comarcas. Nada más lejos de nuestra intención, pues si bien una rápida ojeada a los avatares literarios del resto de la provincia acentuaría aún más el carácter precario y discontinuo de lo local conforme mayor fuera la hipotaxia-periferia recurrente y menor la importancia económica y social de la localidad —se llega a los escritores aislados, a los conjuntos unicelulares—, no dejaría este repaso de arrojar alguna que otra tesela de

⁵⁷ Cf. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Introducción» a Pascual Queral y Formigales, *La ley del embudo*, Huesca, IEA, Colección «Larumbe», núm. 7, 1994.

⁵⁸ Vid. Juan Carlos ARA TORRALBA, «Literatura. La 'Academia Sertoriana' oscense (1897-1900)», *4 Esquinas. Revista de Huesca*, 94 (diciembre de 1995), p. 24.

Juan Carlos Ara Torralba

bastante interés, como las del boltañés Puircercus, los Araus y Quintillá jacetanos, la tamaritana Dolores Cabrera, el fragatino Cándido Galicia, o las piezas que constituyen la obra de los barbastrenses Pancracio Lafita, Mariano Casasnovas, Luis Blanc o Conrado Solsona y Baselga, entre muchas otras. En fin, una tarea por hacer.